

TAIBO, Carlos, *La Rusia contemporánea y el mundo. Entre la rusofobia y la rusofilia*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2017, pp. 206

JAVIER MORALES HERNÁNDEZ*

El miedo al Otro encarnado por Rusia, plenamente integrado en la cultura occidental desde la Revolución Bolchevique de hace un siglo, está de nuevo presente en el *zeitgeist* de nuestra época. Las representaciones de una influencia subversiva rusa figuran en todo tipo de discursos, en los que no faltan las teorías conspirativas: por ejemplo, la que establece una relación directa entre el Kremlin y la elección de Trump, el *Brexit* o la movilización soberanista en Cataluña. Putin ha sido elevado a la categoría de arquetipo —o *meme*, en las redes sociales— del líder fuerte e implacable, en contraste con una Unión Europea debilitada por la crisis y aparentemente vulnerable ante cualquier injerencia. Incluso en el género de ficción, varias series ambientadas en la década de los ochenta nos describen a un enemigo infiltrado en Occidente —los agentes del KGB en *The Americans*— o que acecha nuestro “mundo libre” tras la frágil barrera que nos separa, como las criaturas de *Stranger Things*. La amenaza extranjera aparece así de forma real y metafórica, recordando el temor a una ventaja militar de la URSS con el que Reagan justificó en aquel momento su programa de rearme.

Precisamente en un clima tan polarizado, en el que se reproducen las percepciones de la Guerra Fría sobre una alteridad radical entre “ellos” y “nosotros”, la responsabilidad de los

académicos a la hora de proporcionar contexto y análisis crítico cobra aún mayor importancia. Entre la multitud de voces que opinan sobre estos temas, Carlos Taibo aporta la credibilidad de un investigador con experiencia a lo largo de varias décadas, que le sitúa como uno de los principales expertos en Rusia dentro de la literatura politológica en castellano. El profesor Taibo fue además uno de los pioneros en la introducción del espacio ruso-soviético como objeto de estudio en España, a partir de la *perestroika*, contribuyendo a formar a las siguientes generaciones de especialistas en un área con escasa tradición en nuestras universidades¹.

La Rusia contemporánea y el mundo está planteado como introducción general a la política exterior de ese país, complementando otros trabajos anteriores del mismo autor sobre las presidencias de Yeltsin, Putin y Medvedev. El primer capítulo —a modo de contexto— describe la situación interna en los ámbitos político, económico y social: gobierno y oposición, “capitalismo mafioso” y retos medioambientales o demográficos. En el segundo capítulo

*** Javier MORALES HERNÁNDEZ**, Profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Europea de Madrid y codirector del Grupo de Estudios de Europa y Eurasia (GEurasia). Doctor en Relaciones Internacionales por la Universidad Complutense de Madrid. Su principal línea de investigación es la política exterior y de seguridad de Rusia, especialmente sus relaciones con EEUU, la UE y la OTAN. Ha sido miembro asociado senior del Centro de Estudios Rusos y Eurasiáticos de la Universidad de Oxford, coordinador de Rusia y Eurasia en la Fundación Alternativas, profesor en la Saint Louis University de Madrid e investigador postdoctoral en la Universidad Carlos III.

¹ Para una descripción de los inicios de la investigación académica sobre Rusia en España, desde la perspectiva de las distintas ciencias sociales, véase DE ANDRÉS, Jesús, “¿Sigue teniendo interés académico la Europa Oriental en España?”, en *Análisis GEurasia*, nº 1/2017: <https://geurasia.eu/estudios-europa-oriental/> [Consultado el 5 de diciembre de 2017].

se traza la evolución de la política exterior, dividiéndola en cuatro grandes etapas: una inicial de “sumisión y aquiescencia” (1991-1995), otra de tensión (1996-1999), la “cordialidad putiniana” (2000-2006) y la vuelta a la tensión (2007-...).

El tercer capítulo profundiza en las relaciones de Rusia con distintos escenarios geográficos: las demás repúblicas exsoviéticas —en Europa Oriental, el Cáucaso y Asia Central—, el Ártico, Oriente Próximo, Asia —con especial atención a China, Japón, las dos Coreas y la India— y, muy brevemente, África y América Latina. El capítulo cuarto entra a discutir otros aspectos que no obedecen a una división cronológica o geográfica: la interpretación de la política exterior rusa desde las escuelas geopolíticas occidentales; las organizaciones y foros internacionales promovidos por Moscú; el eurasianismo como doctrina; el carácter (neo)imperial de Rusia como potencia mundial; y, por último, el debate sobre la “nueva Guerra Fría” en la que supuestamente nos encontramos.

Quien espere un trabajo académico al uso, descubrirá que el libro combina la investigación empírica con el ensayo de opinión o la reflexión metateórica. Taibo se distancia así del positivismo epistemológico habitual en los enfoques racionalistas —centrados en descubrir relaciones de causalidad entre variables— para aproximarse en cierta medida al reflectivismo: el conocimiento sobre Rusia aparece como resultado de un proceso social de construcción de significados, donde los analistas y opinadores no son meros observadores externos, sino parte integrante de dicho proceso. En el plano ontológico, el autor adopta igualmente una comprensión holista de la política exterior rusa, que incluye no sólo elementos materiales —la geografía, los recursos

naturales, el diseño del sistema político o las capacidades militares— sino también aspectos ideacionales y subjetivos: la memoria del pasado, las identidades de “imperio” y “gran potencia”, o las tradiciones autóctonas de pensamiento sobre el papel de Rusia en el mundo.

Todos estos datos son interpretados a la luz de una serie de presupuestos normativos con los que Taibo se identifica a lo largo de todas sus obras, y que informan de forma consciente su análisis del objeto de estudio. Entre estos principios se encuentran el rechazo de todo sistema económico —desde la planificación centralizada soviética hasta el capitalismo— basado en la deshumanización del trabajo y la explotación incontrolada del medio ambiente; el cuestionamiento, desde una posición libertaria, de la “institución estado” como modelo de organización política; la simpatía por movimientos de carácter autogestionario, frente a la burocratización de partidos e instituciones; o la denuncia del imperialismo e intervencionismo militar, ya sea practicado por potencias occidentales o no occidentales. Como es habitual en él, Taibo emplea un lenguaje académico con abundantes recursos estilísticos —la enumeración, la ironía o la anécdota, entre otros— que enfatizan cada una de las ideas; lo que hace posible leer el texto como si se tratase de una conferencia o exposición oral.

El libro asume, por tanto, una orientación comprometida, pero evitando caer en los dobles raseros y relatos de “buenos” y “malos” tan habituales en el debate público sobre Rusia. Esto se anuncia claramente al lector desde el prólogo, donde se recoge su tesis principal: aun aceptando que hay “muchos motivos, y muy sólidos, para criticar [...] las políticas que Putin [...] despliega en el interior de su país”, se

nos advierte de los riesgos de oponerse igualmente a su política exterior sin tener en cuenta “la responsabilidad, central, que las potencias occidentales tienen en la gestación de muchas de las miserias que marcan indeleblemente, hoy, el derrotero del planeta” (p. 10). Sin embargo, la estructura interna con la que están redactados los apartados posteriores separa la narración de los acontecimientos, la descripción de sus causas y consecuencias, y la valoración de sus aciertos o errores, evitando mezclar la opinión con el análisis. De esta forma, el libro consigue ser accesible para un público generalista que sólo desee comprender los antecedentes del actual enfrentamiento entre Occidente y Rusia; pero también — en una lectura más profunda— para los profesionales que ya estén familiarizados con el tema, y deseen comparar sus propias interpretaciones con las del autor.

La bibliografía es una selección de la principal literatura especializada, no sólo en castellano o inglés, sino en ruso, francés, italiano y portugués. Destaca la pluralidad ideológica de los autores citados: desde los visceralmente opuestos a Moscú, como Edward Lucas o Taras Kuzio, hasta antioccidentalistas como Alexander Dugin, representante de un nacionalismo ruso incluso más exacerbado que el del Kremlin. No obstante, la mayoría de los demás autores pertenece al *mainstream* académico realista y liberal, junto con algunos constructivistas destacados como Iver Neumann o Andrei Tsygankov. Este conocimiento del estado actual de los debates —hasta de aquellas posiciones con las que el propio Taibo está manifiestamente en desacuerdo— es lo que le aporta la perspectiva necesaria para realizar posteriormente una crítica a los “anteojos ideológico-emocionales” (p. 155) con los que se suele analizar la Rusia de Putin desde el extranjero.

Como señala el subtítulo del libro, *Entre la rusofobia y la rusofilia*, el capítulo quinto analiza ambas tendencias para detectar sus insuficiencias comunes: el uso selectivo de las evidencias empíricas; los estereotipos orientalistas que demonizan a Rusia como un ente maligno e irracional, o bien la idealizan como alternativa al pensamiento hegemónico; y las acusaciones conspiranoicas hacia quienes no comparten sus ideas, considerándolos agentes del Kremlin o de los gobiernos occidentales. El primer grupo, el de los rusóforos — que sigue contando con una presencia notable en nuestro *establishment* político-mediático—, suele caracterizarse por un discurso de “nueva Guerra Fría”, en el que la Rusia de Putin sería una amenaza para Occidente en la misma medida que lo fue la URSS. Sin embargo, se trata de un enfoque diverso que abarca desde el atlantismo neoconservador —heredero de la idea reaganiana de “claridad moral”— hasta una parte del internacionalismo liberal identificado con la UE.

Desde esa perspectiva antirrusa, la superioridad occidental en el plano de los valores justifica todas sus decisiones; mientras que Moscú, en cambio, actúa movida sólo por objetivos ilegítimos y hostiles. Las preocupaciones de seguridad de Rusia, como sus recelos ante la expansión de la OTAN, son relegadas a la categoría de estratagemas para dividirnos; cualquier oferta de negociación por nuestra parte —nos advierten— sería percibida como un signo de debilidad por el Kremlin, y daría pie a nuevas agresiones. Este maximalismo ha sido criticado por otros autores: por ejemplo, realistas como Kissinger o Mearsheimer han recomendado una estrategia pragmática para reducir las tensiones con Moscú, considerando a Rusia como una potencia con capacidad para defender sus intereses, pero no una amenaza existencial contra Occidente.

En cuanto a la rusofilia, se trata de un conjunto de posiciones inicialmente muy heterogéneas, unidas solamente por su fascinación por el liderazgo de Putin y el modelo político y social construido durante su mandato. Existe así una rusofilia “de derechas”, para la cual Rusia es un referente de estado fuerte, patriotismo y valores tradicionales, frente a la “decadencia moral” de un Occidente más secularizado y tolerante ante la diversidad. El Kremlin ha ido cultivando esta ideología conservadora en los últimos años, no sólo de cara a su propio electorado —con medidas como la ley contra la “propaganda homosexual”— sino también en el exterior, en el marco de una estrategia de *soft power* que ha atraído las simpatías de los partidos xenófobos europeos o del propio Trump en EEUU.

Sin embargo, también hay una rusofilia “de izquierdas” en la que se integran tanto nostálgicos de la URSS — pese a que Rusia sea hoy una economía capitalista, que además presenta muy elevados índices de desigualdad— como otros que consideran a Putin un contrapeso necesario frente al intervencionismo estadounidense, especialmente en Oriente Medio o América Latina. Desde el inicio de la guerra del Donbass, se han añadido a este grupo quienes idealizan a las milicias apoyadas por Moscú como luchadores “antifascistas”, en una suerte de reedición de la Guerra Civil española o la II Guerra Mundial; a pesar de que los gobiernos autoproclamados de Donetsk y Lugansk se inspiren en un nacionalismo ruso de raíces cristiano-ortodoxas, abiertamente ultraconservador.

Rusia se nos presenta, así, como un imaginario reducto del pasado donde los valores tradicionales han conseguido resistir las presiones de la globalización liberal; o bien como un espejo deformante

en el que vemos —grotescamente exageradas— las miserias de nuestro propio sistema, convenientemente proyectadas en un enemigo exterior. La obra de Taibo es una invitación, incómoda pero necesaria, a abandonar ese maniqueísmo autocomplaciente, que en el fondo no pretende comprender la realidad rusa sino servirse de ella para reforzar sus propias identidades. Evitar caer en esas simplificaciones no constituye un ejercicio de equidistancia —de lo que a buen seguro acusarán al autor tanto rusófilos como rusófobos—, sino un necesario deber de honestidad intelectual. ●